



NUM. 16.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 19 DE ABRIL DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.



Nuestro amigo y consocio don José Roig y Oliveras ha fallecido el día 12 del corriente mes. Cuantos por espacio de diez y ocho años han visto invariablemente unidos los nombres de Gaspar y Roig al frente de las publicaciones de este establecimiento, y cuantos conocían la union aun mas estrecha de nuestros corazones y de nuestras almas, comprenderán el acerbo dolor que nos embarga en estos tristes momentos.

Rogamos á los lectores que encomienden á Dios á nuestro malogrado amigo.

GASPAR HERMANOS.

REVISTA DE LA SEMANA.



ndudablemente el año 63 se distinguirá entre los demás de este siglo por el gran número de fallecimientos en él ocurridos: y eso que este siglo cuenta los estragos de la fiebre amarilla en 1817 en nuestras costas, y los años de 1834, 1849, 1855 y 1856 en que el cólera-morbo diezmo las poblaciones. No se habla de enfermedad alguna reinante epidémica ó endémicamente, pero los médicos, los em-

pleados de las parroquias y los comerciantes que venden objetos de luto, aseguran que pocas veces han visto los unos mas enfermos, los otros mayor número de entierros consecutivos, los otros mayor venta de trajes negros. Ya en los primeros números de este año tuvimos varias veces que participar á nuestros lectores el fallecimiento de alguna persona notable, de algun amigo: hoy con mayor motivo nos toca vestir de luto por la muerte de uno que ha sido mas que amigo para nosotros, con quien nos ligaban los lazos de una cariñosa amistad y los vínculos de la gratitud. Ya se habrá comprendido que hablamos de don José Roig y Oliveras, socio y fundador de la casa editora de Gaspar y Roig. El señor Roig ha muerto jóven aun, á la edad de cuarenta y seis años: vino á Madrid y llevó una de esas existencias mas honradas que brillantes, de que tenemos muchos ejemplos por fortuna en nuestro pais. Fue uno de esos hombres que trabajan con celo, con actividad, con probidad, incansablemente, y que cuando merced á muchos años de vida laboriosa, de vigiliias, de afanes, de rigurosa exactitud y de conducta intachable, han llegado á reunir un caudal modesto, pero que puede hacerles mirar sin desconfianza el porvenir; cuando se prometen un plácido descanso en su edad madura al abrigo de las mudanzas de la suerte, encuentran rotos ó gastados los resortes de su existencia y van á descansar á la tumba. Es la suerte que espera á muchos que trabajan honradamente. Sin embargo, no deben desanimarse: es mas dulce morir así que despues de haber alcanzado las riquezas y los honores por otras vias y por otros caminos que hoy se frecuentan. El peso de una conciencia culpada molesta el sueño del sepulcro.

Tambien ha fallecido en la última semana el digno sacerdote don Juan Manuel Palacios, uno de los tenientes de la parroquia de Santa Cruz, y muy apreciado de todos sus feligreses. Era tambien jóven y habia servido en el ejército: su muerte ha sido tan sentida como prematura y repentina.

La multitud de entierros de la semana tiene su antitésis en la multitud de bailes que durante ella se han celebrado. Baile en casa del banquero señor Calderon, que inauguró su palacio de Recoletos de un modo deslumbrador segun dicen: baile en casa de la duquesa de Medinaceli, en que además hubo funcion dramática, tomando parte en ella la duquesa y otras damas de la aristocracia: baile de trajes en casa de los duques de Fernan-Núñez, del cual se cuentan prodigios. No hay

que decir que no hemos asistido á ninguno y por consiguiente no tenemos mas noticias que las que sabe el profano vulgo, al cual pertenecemos. Por otra parte nuestra imaginacion no está dispuesta para hacer descripciones que necesariamente habrian de salir descoloridas; y los escritores que tienen el encargo semi-oficial de informar al público de los trajes, adornos, lujo y accidentes de estos saraos, aun no han esgrimido sus bien cortadas plumas á la hora en que nosotros trazamos estas líneas.

En un baile ha estado hace pocos dias á punto de perecer la reina de Holanda. Asistian las personas reales á este baile dado en el Haya por un personaje de la corte, cuando se declaró un incendio en la casa. La confusion, como puede suponerse fue grande; la reina se encontró sola, sin tener quien acudiese á su socorro, hasta que llegando el jóven secretario de la legacion española, señor España, ofreció el brazo á S. M. y la sacó del peligro conduciéndola á palacio. Los cortesanos, segun parece, son en todas partes lo mismo: no sabemos de un solo caso de verdadero peligro en que la persona real no se haya visto abandonada por sus criados y dependientes de alto coturno.

Ayer sábado debió de marchar la corte á Aranjuez á las diez y media de la mañana. Tal era á lo menos la intencion anunciada en estos últimos dias. Antes de marchar asistió á un concierto dado en el Conservatorio á favor de los establecimientos de Beneficencia. Ejecutaron un duo y un terceto del primer acto de *Martha* la señora de Prendergast, la baronesa de Hortega y el señor Padovani; un duo á dos pianos sobre motivos de *Norma* la marquesa de Portugaleta y don Manuel Mendizabal; una fantasía sobre motivos de *Guillermo Tell* don Adolfo Quesada; un duo á dos arpas la marquesa de Portugaleta y la señora Roaldes; y el acto segundo de *Mortha* las señoras baronesa de Hortega y Prendergast con los señores Baragli, Cottogni y Padovani, los cuales cantaron tambien el cuarteto del *Rigoletto*. La concurrencia fue numerosa y escogida.

Mientras se dan estos bailes y estos conciertos, nuestros teatros atraviesan una época mala. Si exceptuamos el de la Zarzuela, siempre favorecido, y alguna vez el Circo, los demás tienen generalmente muy poca concurrencia: y esto no consiste solo en el corto mérito de las producciones que se ponen en escena, sino tambien en otras causas cuya remocion es mas difícil. Madrid es una poblacion seis veces menor que París, y

tiene casi tantos espectáculos públicos, amen de los semi-públicos, de los privilegiados y de los particulares. Añádase á esto que muchos escritores de sobresaliente mérito están retraídos del campo de la literatura dramática, y empleados generalmente por el gobierno, ya en despachar expedientes de subastas, ya en formar proyectos de manicomios, ya en averiguar el importe de los arrastres de sal ó de tabaco en un quinquenio determinado, ya en otras tareas de esta especie.

Tres ó cuatro producciones nuevas se han puesto en escena en la primera mitad de la semana última, y ninguna de ellas puede resistir una crítica medianamente severa. Alguna ha sido aplaudida, por ejemplo, la que con el título de *Viva la libertad* se ha estrenado el viernes en el Circo, producción de don Enrique Zumel que está llena de graciosos y oportunos chistes: las demás han pasado y el público no ha manifestado interés en conocer á sus autores. No es decir que en todas ellas no haya algo bueno, pero no lo bastante á satisfacer las exigencias de un público, que cada día va siendo, como es natural, mas conecedor y por lo mismo mas exigente.

La infatigable escritora señora Sinués de Marco, ha comenzado á publicar en una serie de tomos mensuales sus novelas originales. Las obras de la señora Sinués se distinguen por su fin moral y su ternura de sentimientos.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

POESIA ERUDITA Y POESIA VULGAR.

La poesía, que es entre todas las bellas artes la que mas perfectamente espresa el sentimiento, tiene asimismo un elevado interés para el estudio de la historia, sentenciada sin su auxilio á perpétua esterilidad y á descarnadas relaciones, sin esplicacion, ni enseñanza. Porque el poeta, mientras por una parte espone en las obras de su imaginacion sus concepciones individuales, que son tanto mas bellas, cuanto mayor y mas verdadera originalidad ofrecen, por otra no es sino el cantor de su época, cuyos afectos y cuyas aspiraciones, cuyo fondo sustancial, cuyo pensamiento íntimo revela, mezclado con el suyo propio, desentrañándolo, y sometiénolo á la contemplacion de su pueblo, no menos que á la de las generaciones futuras, para quienes descorre el velo que cubre los hechos y las cosas en el mundo de las realidades vulgares.

De esta suerte, siendo la literatura poética espejo reflexivo de lo que una sociedad piensa, de lo que siente, y de aquello á que aspira, en una palabra, del ideal de su tiempo, que ella principalmente manifiesta y da á comprender, la historia puede tomar de su estudio un profundo conocimiento del carácter y modo de ser de las naciones, penetrando á la vez la misteriosa relacion que entre las ideas de una época y sus acontecimientos existe, para explicar las causas internas de los grandes fenómenos sociales.

A este fin la historia puede utilizar, sin duda, todos los momentos y géneros literarios; pero donde con mayor abundancia encuentra esos preciosos datos para su filosofía, es en aquella clase de obras en que predomina la inspiracion sobre el esmero y la pulcritud, la energía sobre la correccion, la originalidad sobre el refinamiento; en cuyas producciones se vierte el genio de los pueblos, mas espontáneamente con el genio mismo del poeta, quien solo atiende á contener en la espresion exterior los pensamientos y emociones que halla en su alma, y que desbordan con su entusiasta calor y lozanía el cáuce de la palabra, estrecho é incompleto para la inmensidad de su riqueza. A tales obras es donde puede acudirse con mas seguro fruto para estudiar la fisonomía especial de un pueblo y de un período histórico, porque en ellas no recorta la concepcion de la fantasía un diligente cuidado por la delicadeza del pormenor, ni la modifica é influye el amor á bellos modelos que imitar, ni la oprime el severo precepto de reglas convencionales, códigos casuísticos, cuyos principios, agenos á las eternas leyes de la hermosura, solo sirven, cuando mas, para mostrar un somero análisis del pasado, que interpreta sus pasajeros accidentes como inflexibles condiciones de perpetua vida y trasgresion peligrosa.

Por esta razon, los preciados monumentos del arte erudito, donde la inspiracion propia, de escaso valer generalmente en las épocas de su imperio, sufre de continuo el yugo de elementos extraños, mas que revelar el ideal de un pueblo, reflejan los mil fragmentos con que se les viste, los prestados colores que les matizan, los profusos aderezos que encubren la indecision de sus contornos, constituyendo obras sin carácter, siempre antiguas, porque no traducen la vida de ninguna edad, y que compran la fria admiracion de sus adeptos con galas rebuscadas, que deleitarán quizás el pensamiento de unos pocos, sin conmover el corazon de ninguno. Semejantes á esos árboles que tortura la despiadada tijera del jardinero, no para aumentar su frondosidad y verdor, sino para ajustarlos al ridiculo patron de una monótona simetría, si alguna vez sorprenden por la habilidad que ha presidido á su mecanismo labo-

rioso, jamás nos impresionan por su belleza, y muestran en su triste uniformidad la esclavitud de la naturaleza aprisionada, en lugar de su libre depuracion por el arte.

Hay, sin embargo, otra clase de literatura que tampoco obedece á la ley de su destino, aunque por motivo opuesto. Asi como la poesía erudita solo vive de delicadezas y atildamientos, de reminiscencias y de frias generalidades, la poesía vulgar, únicamente se nutre de una actualidad frívola y mezquina, y hace cuenta de reproducir la esencia íntima de la sociedad á que se refiere, cuando no ofrece mas que estériles accesorios, sin trabazon y sin enlace, á los que es imposible dar el nombre de civilizacion, ni de espíritu social. No tiene ciertamente esta índole la poesía popular, riquísima elaboracion del sentimiento de un pueblo en lo que tiene de mas personal y característico, eco armonioso de su vida interior, con cuyas imperecederas glorias mantienen indisoluble consorcio las glorias individuales de todos los grandes poetas. La poesía popular es, en efecto, la mas alta manifestacion que hacen de sí las naciones, y la comprobacion mas evidente de su existencia y su energía: en ella, el poeta es la patria, que derrama su corazon y su fantasía en formas encantadoras, y reúne en la santa comunidad del sentimiento á todos sus hijos, vivificando sus tradiciones, perpetuando su pasado, llorando sus tristezas, presintiendo sus venturas.

Pero la poesía vulgar, debida principalmente á escritores aislados, que buscan una popularidad grosera ó un salario mezquino, no significa, ni representa, sino la bastarda adulacion á las pasiones de un día y el absoluto menosprecio de la belleza y del arte. Sin ninguna gran idea que realizar, sin ningun gran interés con que enlazarse, sin ningun gran sentimiento á que servir de espresion, asi como la obra erudita manifiesta el divorcio entre el espíritu del escritor y el de su tiempo, ella se relaciona con todo lo accidental, con todo lo pasajero y fugitivo, con todos los elementos insignificantes de su época, sin ahondar en su verdadera constitucion, sin arraigar en su interior organismo.

El resultado, sin embargo, es idéntico: ni uno ni otro género responden á las necesidades del espíritu. Si la poesía de gabinete imagina satisfacerlas recurriendo á su almacen de galas místicas que, desprendiéndose de todo interés del momento, solo reproduzca una generalidad convencional y cosmopolita, sin eficacia ni influjo, la obra vulgar, acariciando todas las puerilidades, recogiendo ávidamente todos los rasgos superficiales é impresiones momentáneas, que apenas se reflejan en la vida cuando ya se han borrado para siempre, aspira á interesar á una sociedad determinada, y solo á ella, á escluir todo lazo con los demás hombres, con los demás siglos; y mientras aquella pretende evitar la fugacidad de las rosas, que se marchitan tan pronto, reemplazándolas con rosas de papel, siempre marchitas, esta sueña retratar una época entera, cuando delineá toscamente unas cuantas individualidades vulgares, hablar á todo un siglo y no habla mas que á un día, ó á una hora, abarcar el conjunto de los factores sociales de su tiempo, y apenas fija detalles importantes, sin entidad ni consistencia.

Ambas literaturas piensan vivir perennemente: una, como espresion pura y abstracta de lo permanente del sentimiento, prescindiendo de las circunstancias históricas, de las diferencias locales y temporales; otra, como representacion fiel de una época dada, que cree perpetuar con interés indestructible, sin atender á los fundamentos invariables de la vida humana.

Mas no es la ley de nuestro ser, no es la ley de los hechos, ni de las grandes entidades sociales, no es la ley de la historia, en fin, el movimiento acompasado de la péndola, eternamente idéntico entre límites insuperables, ni la agitacion febril y desordenada del hombre ebrio, que corre á la ventura, sin guia, ni direccion regular, sino el progreso continuo bajo el gobierno de la Providencia, y como su consecuencia indeclinable, el desenvolvimiento de nuestra naturaleza, siempre igual, en una esfera cada vez mayor de relaciones siempre distintas.

De aquí que todas las grandes creaciones poéticas han de responder necesariamente á ambos elementos: el permanente, inmóvil, inmutable, y el transitorio, variable, diferente. Por el primero se aseguran la simpatía inestinguible de la humanidad, para quien, como para el antiguo dramático, nada humano es extraño, antes lo mira como personal y propio, y le conmueve é interesa, porque se dirige á lo que hay de invariable y de comun en nosotros: el segundo presta á la obra viva realidad, carácter concreto, fisonomía individual y marcada, que la hace intérprete exacto de la sociedad en que brota. Pretender destruir este armónico equilibrio, romper este enlace imprescindible, es abandonar á la poesía, descaminada y vacilante, en la alternativa de una forma pedantesca, que á nadie satisface, y de una forma trivial y baja, que á todos repugna: de un fondo abstracto, falsamente científico, árido y prosaico, y de un fondo miserable donde el contraste, y la sorpresa, y lo abigarrado, hacen veces de idea fundamental y suplen al verdadero sentimiento.

En este concepto debe entenderse el dualismo que

viene actualmente trabajando á la poesía, que como frágil nave es juguete de las olas movidas en la opinion por la tempestad del escepticismo. Sin norte y sin dominio del mundo en que se agita, sin la conciencia de su dignidad, sin el valor del sacrificio, tan pronto toca en las altísimas crestas de una hinchada palabrería, como se abisma en las bajezas de un naturalismo que fastidia é importuna. Purificado ya el sentido general de la irritabilidad que inspiraba una polémica ardiente é incesante, á esto es á lo que ha venido á reducirse la lucha entre clásicos y románticos.

De este modo, al menos, se designaban aun no hace mucho los secuaces de dos contrarias escuelas, ambas con cierta vida, y por tanto no sin algun derecho. Mas una vez desprendido de una y otra el fondo de realidad y de necesidad que presentaban, han quedado frente á frente, no ya como dos grandes ejércitos, llenos de pujanza y de brío, sino como dos turbas insignificantes, que se disputan con tibia indiferencia un mundo sin importancia, al que no pueden ofrecer mas galas que los míseros restos del boñín que le abandonaron los esforzados adalides á quienes un día acompañaron al combate. Las grandes ideas que inspiraban al romanticismo, fecundadas por esa lucha, se aprestan á nuevas trasformaciones, en que satisfagan todas las nobles tendencias que un ideal en germinacion dispone para su día: y los elementos de vida que contenía el neoclasicismo, han desertado de sus banderas, dejándolas en poder de unos cuantos espíritus mediocres, que solo representan su propia esterilidad, frente á la muchedumbre de vulgares copistas de una realidad que no comprenden, á quienes cada día deja mas atrás el movimiento sanamente romántico de la poesía moderna. La vida de aquellas antiguas escuelas se ha concentrado y fundido en una sola vida, que todavía en sus albores apenas presiente su destino y es espresion sintética, que cierra dignamente un pasado honroso é inaugura un porvenir lleno de esperanzas.

La escoria de aquellas fracciones, sola con su impotencia, es la que hoy tremola con mano débil el desgarrado oriflama con la leve sombra de vitalidad que le prestan las preocupaciones de unos cuantos, constituyendo verdaderas herejías literarias, rebeldes á todo freno é incapaces de todo atractivo.

Por lo demás, tales aberraciones no son nuevas. Si se examina la historia de la imaginacion, las vemos palpar siempre en el mundo del arte, que tiene como el de la religion, como el de la ciencia, como el de la actividad privada ó política, sus revoluciones y sus reacciones, sus héroes y sus nulidades, sus apóstoles y sus perseguidores, sus triunfadores y sus mártires. Apenas iniciadas en la unidad primitiva de toda literatura naciente, luchando sin tregua mas tarde, apegadas á las grandes ideas que despierta la infinita variedad en que se fracciona una civilizacion mas desarrollada, imperando sucesivamente con carácter absoluto en todas las épocas de decadencia, depositando por último la escasa virtud que les resta en una síntesis, mediante la cual se condenan á universal desdeñ cuando comienza á despuntar un nuevo día, las dinastías de los Racine y Victor-Hugo, espresion de nuestra imperfecta naturaleza, han monopolizado el favor de los salones y el de las plazas públicas, han ayudado la corrupcion literaria de la academia y del folletín, han satisfecho al gusto pulido del cortesano y al embotado sentimiento de las últimas clases sociales.

No es asi como proceden los grandes ingenios, ni los grandes pueblos en esas obras inmortales que han engendrado con la sustancia de su propio espíritu, que viven de su vida y participan de todas sus condiciones: señálese una sola de ellas, donde no se encuentren á la vez un estremado colorido local y un profundo sentido universal humano, un carácter delineado vigorosamente y un fondo que hace vibrar el sentimiento de todas las edades, un dato histórico, en fin, y una espresion general de nuestra alma. Tales producciones se inspiran siempre de nobles pensamientos, de afectos poderosos, que dejan penetrar al través de su espléndido atavío un rayo fecundo que anima todo su ser, ilumina toda su complexion, y guia á un mismo fin todos sus miembros.

Cualquier poesía que de otro modo se funda, lleva por el diverso camino de la afectada pulcritud y del ciego culto de las muchedumbres, á la misma idolatría y absolutismo de la forma, ya predicada bajo el concepto de la clásica lima, ya bajo el no menos falso de la espresion, que todo lo santifica para sus sectarios. Siempre resultará que se desdeña lo sustancial é interior, esto es, lo que ha de avalorar y determinar á la forma, por lo estérno y accesorio que de aquello depende, sustituyéndose á la virilidad robusta del aire libre, la enfermiza imbecilidad del invernadero y la taberna: siempre se necesitará construir públicos artificiales, sociedades de escepcion en medio de la vida comun, escrupulosamente apartados de esa generalidad, á cuyo corazon llama en vano la apariencia mentida de un mundo extravagante, reservado al gusto corrompido de los adeptos.

FRANCISCO GINER.

LA AUDIENCIA DE BARCELONA

Y LA FIESTA DE SAN JORGE.

III.

ANTIGUA LEYENDA DE SAN JORGE, SEGUN VORÁGINE.

Jorge fue de nobilísimo linaje de Capadocia.

Llegó una vez á la ciudad de Silena (1), provincia de la Libia, en cuyas inmediaciones habia una laguna, y en ella cierta alimãña que acosaba á las gentes, llegando hasta los muros de la ciudad, é inficionando el ambiente con su hálito; de modo que el atribulado pueblo, para librarse de su furiosa saña, se veía precisado á darle diariamente dos ovejas. Cuando se acabaron las reses, fue forzoso echar mano de las personas; y ¡júzguese con qué dolor los padres le entregarían sus hijos, hasta que los hubo devorado á todos!

Tocó por fin la suerte á la hija del rey, el cual muy airado habló así á su pueblo:—¡Tomad todo mi oro, toda mi plata, la mitad de mi reino, pero dejadme á mi hija! Furiosos los ciudadanos le respondieron:—Oye, soberano; esa ley la diste tú: todos nuestros hijos han perecido, ¿y ahora quieres eximir á tu hija? Si no cumples lo mandado, vamos á quemar tu palacio, y á tí con él. Al oírlo el rey, prorumpió en un arroyo llanto, exclamando:—¡Oh, querida prenda! ¿qué va á ser de tí? Y volviéndose hacia las turbas:—Concededme á lo menos, les dijo, ocho dias para que pueda llorar á mi hija. Concediéronselos; pero acabado el plazo, volvió el pueblo con grande alboroto, diciendo:—¿Quieres por ventura que nos perdamos todos á causa de tu hija? Observa cómo ya nos inficionan los hálitos del dragon. Convencido el rey de que no habia medio de salvacion, vistió á la princesa de ropas reales, y llorando y abrazándola, le dijo:—¡Oh, hija adorada! yo esperaba tener nietos de tí que heredasen mi reino, pero en lugar de ello vas á ser entregada al dragon, que te devorará... ¡Venga la muerte antes que presenciar tan desastroso fin! La princesa se arrojó á sus pies para que la bendijera, y abrazándose de nuevo, con recíproco llanto, fue por último conducida á la fiera (2).

Acertó á pasar San Jorge por aquel sitio, y viendo á la jóven anegada en lágrimas, le preguntó qué tenia. Ella respondió:—¡Oh, buen caballero, huid presto si no queréis morir conmigo. Repuso el Santo:—No temas, jovencita. Dime, ¿qué aguardas allí con todo el pueblo?—Señor, replicó ella, veo que tienes gran corazón; pero no te espongas á morir de mala muerte, y ponte en salvo luego.—No me iré, dijo él, sin saber lo que tienes. Contóle la doncella su desventura y el horrible destino que la aguardaba, pero Jorge volvió á decirle con buen ánimo:—Hija mia, no hay que temer; yo te defenderé en el nombre de Jesucristo.—¡Oh, buen caballero, en vano te sacrificas por darme un socorro imposible!

En esto el dragon avanza con el cuello erguido. La doncella, mas y mas angustiada, sigue clamando:—¡Señor, huid! ¡poneos en salvo!—Mas Jorge, sin responderle, guarécese con la señal de la cruz, y afirmandose bien en los estribos, enristrada la lanza, empuja valerosamente el caballo contra el dragon, y lo hiere de recio, dejándolo mal parado y tendido. Vuélvese en seguida á la princesa y le dice:—Pasa tu ceñidor por la garganta de esta fiera, sin que te dé miedo. Así lo hizo la jóven, y el dragon la siguió como un manso gozquecillo.

Mientras se dirigian á la ciudad, la gente huía desbandada por collados y bosques, exclamando:—¡Desgraciados de nosotros! ¡todos vamos á perecer!... San Jorge decia:—¡Nadie se altere! Nuestro Señor me ha enviado á vosotros para que os libre de este azote. Creed solamente en Jesucristo, recibiendo el bautismo, y yo daré cuenta del dragon.

A vista de tal milagro, el rey y el pueblo se bautizaron, y San Jorge, tirando de su espada, remató al monstruo, y lo hizo echar fuera de la ciudad. Cuatro yuntas de bueyes se necesitaron para conducirlo hasta un campo vecino.

Las personas que en esta ocasion recibieron el bautismo, pasaron de 22,000. El rey mandó erigir en honor de la Virgen María y de San Jorge, una bellísima iglesia, al pie de cuyo altar mana una fuente de agua muy pura, que sana de toda dolencia á cuantos beben de ella. Habiendo ofrecido al Santo muchos bienes y riquezas, nada quiso aceptar, antes dispuso que fuese entregado á los pobres. En cambio aconsejó al rey cuatro cosas, á saber: que cuidase de la iglesia de Dios, que honrase á sus ministros, que oyese con diligencia el divino misterio, y que tuviese siempre presentes á los pobres. En esto, habiéndole besado, se despidió.

Imperaban á la sazón Diocleciano y Maximiano, feroces enemigos de los cristianos, en los cuales hacian

tan cruel persecucion, que solamente en un mes proporcionaron corona de gloria á 17,000. Algunos se acordaban por temor de los tormentos, y no faltaron pusilánimes que volviesen á rendir sacrificios á los ídolos. San Jorge, observando esto, arrojó lejos de sí el hábito de la caballería para vestir el sayal cristiano, y habiéndose mezclado con los demás, dijo:—Los dioses infernales han hecho inmolar á estos, pero nuestro Señor Jesucristo los ha salvado. Oyéndole el pretor, respondió:—¿Cómo osas llamar infernales á nuestros dioses? Dime de dónde eres, y cuál es tu nombre. Respondió el Santo:—Mi nombre es Jorge; nací de nobilísimo linaje, y vine aquí por mandato de nuestro Señor Jesucristo, para consagrarme lealmente á su servicio.

Como viese el pretor que no le podia reducir, mandó darle tormento y abrasarle las entrañas con antorchas encendidas, frotándole despues las llagas con sal. En recompensa, aquella misma noche se le apareció Jesucristo, envuelto en resplandores, y le consoló dulcemente, cuya visita hubo de infundirle tal brío, que ya se reía de los tormentos.

Diocleciano, apelando á otros medios, llamó á un encantador y le dijo:—Los cristianos con su arte energan la tortura, menospreciando los sacrificios de nuestros dioses. El encantador repuso:—Respondo con mi cabeza que he de contrarestar sus mañas. Todo el arte de ese hombre se reduce á invocar el nombre de su Dios. Entonces, mezclando ponzoña con vino, dióla á beber á San Jorge, el cual, despues de santiguarla, laapuró sin daño. Habiéndole dado otra dosis mas fuerte, libróse del mismo modo. El encantador, grandemente maravillado, se echó á sus pies llorando y pidiendo por gracia que le hiciera cristiano, por cuyo motivo al dia siguiente lo decapitaron.

En el inmediato, el juez hizo poner á San Jorge en una rueda llena por todos lados de cortantes navajas; mas no bien estuvo en ella, quebrantóse por sí misma. Sumergieronle despues en una caldera llena de plomo derretido, y tambien salió ileso mediante la señal de la cruz.

El emperador, ya que nada lograba con rigores, creyó ganarle mejor con buenas palabras, y le habló así:—Jorge, mira cuán bondadosos son nuestros dioses, pues que te acorren librándote de mal. Conviértete, y de seguro te perdonarán por mas que hayas blasfemado de ellos. Atiende á mi ruego: deja tu ruin creencia, y ofréceles sacrificios para que de ellos y de nosotros juntamente seas honrado. Contestóle el Santo:—¿Por qué, desde un principio, en vez de atormentarme, no me hablabas con esa blandura? Pronto estoy; hágase lo que desees. Esta aparente sumision engañó á Diocleciano, quien mandó luego echar un pregón para que todo el mundo cuidase y viese cómo Jorge sacrificaba.

Juntóse en efecto la poblacion entera, llena de alborozo por las buenas disposiciones del Santo: mas no bien pisó este el umbral del templo, todos los ídolos cayeron de sus pedestales, y abrióse el cielo vomitando fuego que los abrasó, junto con el edificio y sus ministros, cuyos restos además fueron tragados por la tierra. San Ambrosio, aludiendo á este pasaje, dice en el prefacio de la misa: «¡Oh, Jorge, caballero fidelísimo! Tú solo entre los demás, celando por la cristiandad, manifestaste la grandeza del nombre de Dios; por lo que te dió el cielo tal virtud, que no alcanzaron á contrastarte los quebrantos sufridos y dejaste humillado el poder del príncipe de la tierra. ¡Oh, bienaventurado y nobilísimo caballero de Jesucristo, que por su condescendencia no solo ablandó al soberano temporal, sino que dejó corrido al persecutor, y hundidos los ídolos hasta lo profundo de los abismos!»

Al saber Diocleciano lo que San Jorge habia hecho, llamóle otra vez á su presencia y le dijo:—¿Qué embolismos son los tuyos, hombre malvado, para poder llevar á cabo tal iniquidad? Respondió Jorge:—No hay tales embolismos, ¡oh, rey! Ven conmigo, y verás cómo sacrificio nuevamente.—Comprendo tu malicia, repuso el emperador: ¿ahora quisieras que la tierra me tragase á mí, como se ha tragado mi templo y mis ídolos?—Dí, pues, replicó San Jorge: ¿cómo quieres que te ayuden los que á sí mismos no han podido valerse? Entonces el emperador, volviéndose á su esposa Alejandra, le dijo:—Nuestra secta desfallece, pues de seguro ese ha dejado confundidos á nuestros dioses. Ella le contestó:—¡Hombre cruel, cuántas veces te dije no fueras bárbaro con los cristianos, ya que tan notoriamente su Dios pelea por ellos! Sábete ahora, que yo tambien soy cristiana. Esta revelacion dejó al emperador hecho un mármol.—¡Oh, dolor! exclamó: ¿quién ha podido engañarte así?

Sin pérdida de momento dispuso que la colgasen por los cabellos y que la hiriesen con recios golpes. Ella entre tanto, dirigia á San Jorge estas palabras:—¡Oh, lucero de verdad, ¿cuál piensas será mi suerte? ¿A dónde iré á parar no estando bautizada? San Jorge la consoló, diciendo:—No dudes, señora, que tu sangre derramada te servirá de bautismo y de corona. La nueva mártir adorando á Dios, concluyó por entregarle su espíritu.

El dia inmediato pronunciaron contra San Jorge la sentencia de ser arrastrado por la ciudad, y últimamente decapitado. Implorando el Santo, de Nuestro

Señor, que á cuantos pidiesen ayuda y salud se lo otorgase benignamente, resonó una voz divina que desde el cielo decia:—Será atendida tu oracion. Pocos momentos despues, cortada la cabeza, acabó su martirio.

Al regresar Diocleciano con sus ministros y esbirros, cayó un fuego de lo alto que á todos los consumió.

IV.

FIESTA DE SAN JORGE.

El culto de San Jorge es notoriamente la santificación del espíritu caballeresco de la edad media, un verdadero mito cristiano, aunque por eso no quepa negar la existencia del Santo, que en los cronistas religiosos se contrae á diferentes épocas y países, confundiéndose á veces con San Teodoro, que ofrece análogos caracteres (1). Como quiera este culto es muy antiguo, pues en decir de Eusebio, el emperador Constantino tenia una pintura que representaba al Santo caballero luchando con el dragon.

Los reinos de Aragon y Cataluña debieron mucho á su patrocinio, y es fama que repetidas veces se apareció en los campos de batalla, decidiendo la victoria contra el poder de la morisma. Segun tradicion, su primera asistencia á favor de los aragoneses fue en la batalla de Alcoraz, en el año de 1096, que para perpetua memoria de ello, el rey don Pedro Sanchez de Aragon mandó edificar allí mismo una iglesia en honra y gloria de San Jorge, patron de la caballería cristiana. Desde entonces adoptó por armas y divisa la cruz del Santo en campo de plata, y en los cuarteles del escudo cuatro cabezas rojas de otros tantos reyes ó caudillos árabes muertos en la refriega, cuyas armas quedaron de allí adelante á los reyes de Aragon (2).

La Diputacion de Cataluña, heredera y representante de la gloria y piedad de sus mayores, ha seguido siempre honrándose con el blason de la cruz roja, y desde muy antiguo rinde culto y celebra con notables regocijos la fiesta de su Santo tutelar. Para que se forme concepto de la espiendidez y ceremonial de ella cuando su restablecimiento á principios del siglo XV, resumiremos en breves palabras las reseñas contenidas en varios registros del real archivo de la corona de Aragon.

Celebrábase concurriendo á ella, ceremoniosamente invitadas, las autoridades, la nobleza, caballeros y damas, los vireyes, los embajadores, y aun las personas reales cuando por acaso se hallaban en la ciudad. En la vigilia, despues de comer, cantábanse solemnes vísperas y completas con asistencia de todos los convidados, ocupando estos diferentes escaños, segun su categoría y preeminencia. La Diputacion, haciendo los honores, y guiada por sus maceros, salia á recibirles, á unos hasta el pie de la escalera, á otros en lo alto de ella, y luego acompañábase á sus puestos, haciéndose mutuos cumplidos y cortesías. El dia del Santo, repetíase lo mismo en el oficio de la mañana y en las segundas vísperas de la tarde. Siendo una festividad primaveral, esencialmente risueña y caballeresca, adornábase toda la Casa-diputacion al exterior con enramadas, flámulas y gallardetes, en el interior con grandes paños, colgaduras, cuadros y guirnaldas de flores; á los concurrentes se les distribuian ramilletes (*rasus*), confites y banderillas de talco (*barberins*), y regularmente por la tarde habia torneo en la plaza del Borne, bajo la presidencia de los diputados y del síndico de la cofradía del Santo. Solian celebrar el oficio uno ó mas obispos, asistidos de los chantres de la Seo y de los cantores de la Real Capilla (Santa Agueda), con acompañamiento de órganos y otros instrumentos; y para llenar los claros, habia en el claustro bandas de trompeteros, menestrales y tañedores. Al concluirse la funcion, era costumbre salir los diputados consistorialmente en gran cabalgada por la ciudad.

El año de 1533, hallándose en Barcelona el emperador don Carlos V, la reina doña Germana y su esposo el duque de Calabria, dignáronse honrar con su augusta presencia la fiesta, que por esta razon fue programada al domingo 27 de abril. Atavióse el altar con varias piezas de argentería de la Real Capilla, y los clérigos de la misma celebraron el oficio. No se dijo sermón por retardo que hubo en empezar. S. M., acompañado de las personas reales, del marqués de Guasto, de los cardenales de Santiago y Sigüenza, y de otros notables en gran número, vino cabalgando á la estradiota, vistiendo capa de tela de plata y una manera de cuera á la soldadesca, hecha de seda blanca, toda entretelada y recamada de hilo de plata, con mucha perlería, y unas calzas blancas ricamente bordadas de hilo de oro y plata, muy acuchilladas, aforradas en otra seda. Los diputados bajaron á recibirle hasta el pie de la escalera, y allí descabalgó en el apeadero que aun

(1) Jorge es un resto de las dos palabras *ghe* tierra, y *ergon* obra, equivalente á buen cultivador de la tierra, ó cultivador por excelencia. La Iglesia venera hasta cinco santos de este nombre, y entre los griegos el bienaventurado guerrero es llamado *martir* por excelencia. Mucho anda escrito de su vida y milagros, pero algunas de semejantes leyendas se tienen por apócrifas, segun declaracion de la misma autoridad eclesiástica: ya se ha visto la curiosa que precede, tomada del santoral de Vorágine.

(2) Zurita, *Anales*, lib. I, cap. 31.

(1) Parece ser Cirene, capital de la Pentápolis, en la Libia Superior.

(2) Segun las tradiciones legendarias, el nombre de este rey era Sevio, y el de la princesa su hija, Margarita. Es verosímil que por lo del dragon se la confundió con la santa de este nombre.

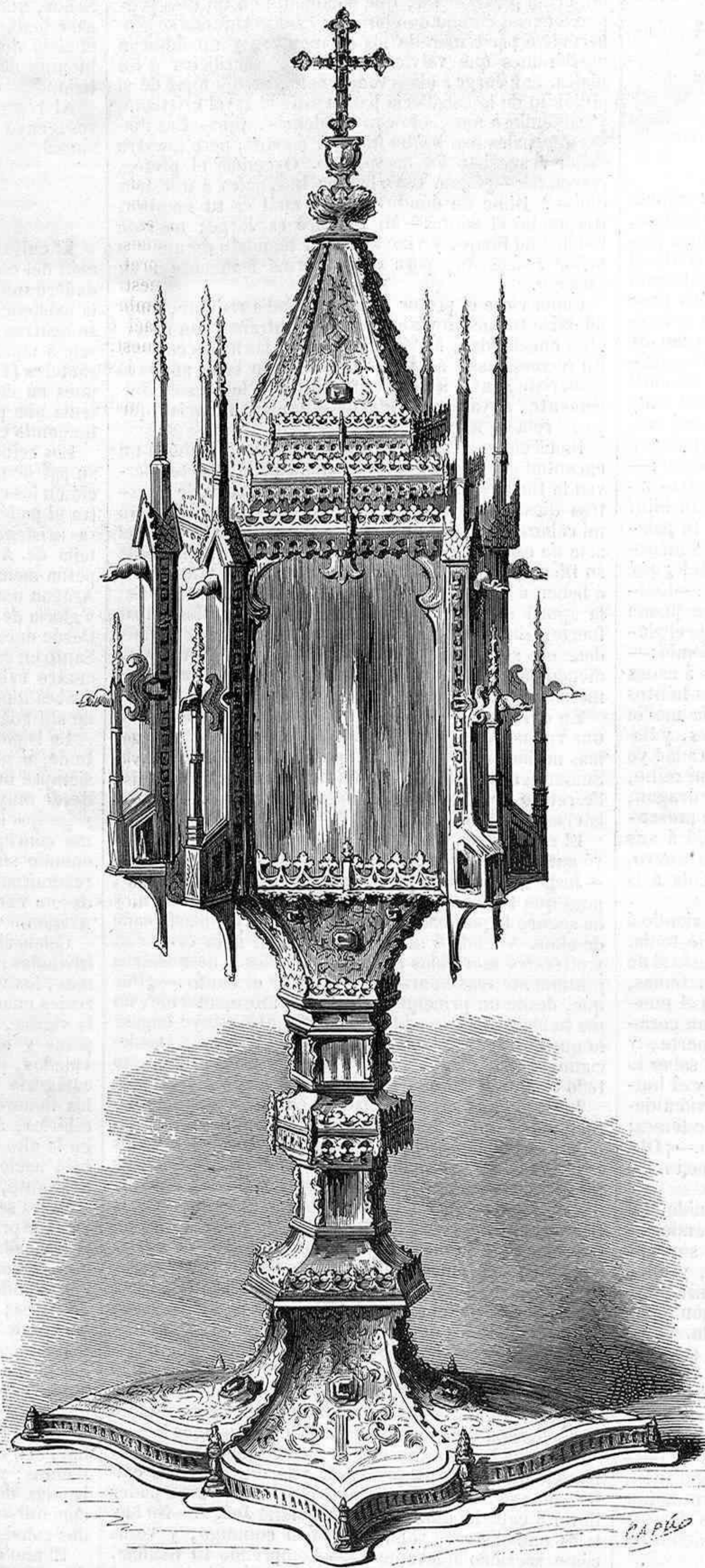
está. Habiéndole en seguida acompañado arriba, situóse en la cámara del regente de cuentas, donde se le había puesto una cortina muy rica, y dentro de ella se recogió el duque de Calabria, viéndose elevado el sitial delante del lindar (*sobre el endors*, dice el original), á cuyo efecto se desclavaron las puertas. Los concelleres ocuparon su lugar acostumbrado: el cardenal de Santiago se situó afuera, al lado de la puerta antedicha, donde suelen ponerse los vireyes cuando concurren, en un banquillo cubierto de brocado, y al dorso un paño de raso. Seguían en otro banquillo algunos obispos; luego los embajadores que van con la corte, en asientos análogos; los diputados, el cuerpo consular, la nobleza, etc. Algunos convidados, por falta de mejor local, ocuparon el antepecho del claustro, habiéndose puesto en él paños de raso y bancos, y los cantores de la capilla tuvieron su apartamiento de costumbre, delante la puerta del archivo ó racional. Además, toda el ala del claustro que va desde el mismo racional hasta el gran consistorio, estaba llena de menestres del condestable y del conde de Benavente, y de los trompetas y atabales del duque de Calabria, que espresamente fueron llamados, los cuales al entrar y salir S. M. y al acabarse los oficios, hicieron tan grande música que otra cosa no se oía. Los trompetas de la ciudad, que igualmente suelen concurrir, estaban sobre un castillo alzado delante de la Casa-diputación, desde cuyo lugar daban señal cada vez que entraba ó salía algún personaje. — El ramo (*toya*) fue entregado á S. M. por el diputado eclesiástico, despues de hecha salva, habiéndolo tomado de manos de un oficial preeminero que lo llevaba. No hubo damas en sus sálitos lugares, porque todo lo ocupaban los hombres, si bien asistieron muchas disfrazadas, así dentro de la capilla, como en la cámara del racional y arriba en la azotea (1). A las vísperas tampoco asistieron muchos convidados, pero sí gran multitud de pueblo, en razón al jubileo que se gana visitando la capilla (2). Tampoco los diputados salieron cabalgando en órden consistorial, conforme otras veces se había acostumbrado.

Mas adelante decayó algo la esplendidez de semejante festividad; pero con ocasion del ensanche ó nueva obra de la capilla, á principios del siglo XVII, «remontóse á lo que en otros tiempos se acostumbraba hacer.» Una de las nuevas usanzas fue llevar paseando á los convidados por todas las dependencias del edificio (hoy día se concede entrada general al público), «yendo por el huerto de los Naranjos, desde donde se pasaba á la sala del Consistorio, y cruzando los demás se salía por la de los Reyes.» Es regular que ambas salas sean las actuales del tribunal pleno y primera de vistas, cuyos soberbios artesonados, así como el de las dos antecámaras que á la última preceden, son buenos ejemplares de los que estuvieron tan en boga durante los siglos XVI y XVII.

Los reyes que á la última dieron nombre, y que la adornaron por muchos años, han sido recien trasladados á la referida del tribunal pleno ó de discordias. Son 52 retratos de medio cuerpo y tamaño natural de todos los condes de Barcelona y soberanos de Aragón y España, desde Ataulfo y Vifredo en adelante, cada uno con sus blasones, empresas, y un rotulillo que marca el principio, fin y sucesos memorables de su reinado. También por diligencia del actual señor regente acaban de experimentar una restauración notabi-

(1) Este dato arguye que la capilla se hallaba entonces descubierta, y no encerrada en los claustros como ahora; y así se colige de las calalías que hay en el friso de la portada, sobre las cuales corría un calado antepecho, cuyo ángulo izquierdo véase aun empotrado en el lienzo inmediato de pared.

(2) A mas del jubileo antiguo, según copia de un breve que obra en la capilla, la santidad de Pio VI se dignó conceder, en Roma á 28 de marzo de 1775, indulgencia perpetua á favor de todas las personas de ambos sexos que habiendo confesado y comulgado, visitasen devotamente la capilla el día de la fiesta del Santo y los siete siguientes de cada año. Posteriormente varios obispos han concedido indulgencias al propio objeto, entre ellos el último de Barcelona, don Antonio Palau y Fermens y don Antonio Claret, arzobispo y capellan mayor de S. M.



RELICARIO DEL SIGLO XV, EN LA CAPILLA DE SAN JORGE DE LA AUDIENCIA DE BARCELONA.

lísima, habiéndose doblado sus lienzos, borrado profanos toques con que se intentó reparar sus averías, y devuéltose á la pintura su integridad y pureza, por mano del tan modesto como hábil Mr. Arago, artista francés muy conocido por su pericia en este género.

Colocados en doble línea alrededor de la sala, forman una decoración vistosa, no sin interés como colección única quizá de su clase, pues otra análoga que había en Zaragoza ha desaparecido. El mérito, sin embargo, de estas pinturas, no corresponde á su popularidad: la mayoría son harto adocenadas, y salvo algunas modernas, entre las que debe señalarse el retrato de don Felipe III, obra de su pintor de cámara el célebre Pantoja de la Cruz, que rebosa verdadera maestría, ni en ejecución, ni en parecido, ni en propiedad histórica se recomiendan por circunstancia notable.

En 1588 la antigua Diputación mandó pintar los 46 primeros hasta el rey don Felipe II inclusive, para ador-

no del gran salon de San Jorge que entonces se acababa de construir. Hecho un ajuste en 7 de julio con el pintor italiano Filippo Ariosto, este se encargó del trabajo por precio de 36 libras barcelonesas (384 rs.) cada lienzo, obligándose á entregarlos concluidos el día de Navidad del siguiente año, á tenor de las bases que se le dieron, y de las instrucciones de don Federico Dezapalau y Francisco de Asís Calza, delegados al efecto como literatos é instruidos en historia (1).

La primera idea había sido encabezar la serie de los condes con cuatro reyes moros gobernadores de Barcelona, «pero á fin de que en lo venidero no pudiera esto increparse de ignorancia, suponiendo que la ciudad se envanecía de semejante señorío,» resolvióse sustituir aquellos con seis de los principales reyes godos, dignos de recordación por su antigüedad y nobles timbres religiosos y de gobierno, reduciendo la pintura de moros á un solo lienzo de forma apaisada, que no existe, para figurar sin duda á los cuatro régulos vencidos en la rota de Alcoraz.

Concluyóse en efecto la obra dentro del plazo señalado, á satisfacción de los dos censores y á gusto de tres profesores del arte, Mossen Pedro Burghés, Jaime Huguet y Luis Damia, quienes llamados al intento, emitieron dictámen favorable en 2 de julio de 1588. Ariosto cobró 1,440 libras (15,360 rs.) por los 40 cuadros primeros, y separadamente, otra suma convencional por los seis retratos añadidos, y por el lienzo de testas moras. Así resulta todo de los libros de deliberaciones trienales, acta de 7 de julio del indicado año, que firman los señores diputados Grimau, Zaconomina, Grau y don Fernando Fivaller.

Tocante á la fiesta y feria de rosas que hoy día celebra la Audiencia, según una noticia recogida por el señor Bastús, parece que en Francia hubo una costumbre análoga, de origen muy antiguo, y que duraba aun á fines del siglo XVI, pues Enrique III publicó un edicto arreglando su ceremonial. El día que los pares tomaban posesion en los meses de abril, mayo y junio, ofrecían al parlamento muchos ramos de rosas en bandejas de plata, adornándose previamente la casa con guirnaldas y otros aderezos, á cuyo censo, que así se llamaba, estaban sujetos los mismos príncipes de la sangre y demás constituidos en la dignidad de pares. Igual privilegio gozó el parlamento de Tolosa, sin que pueda explicarse su causa, como no fuese al principio una mera espresion de galantería. Entre nosotros, concíbese que las flores sean el primer elemento de una fiesta tan risueña, en la cual se enlazan los recuerdos caballerescos con las delicias primaverales.

JOSÉ PUIGGARI.

MARIANO LANGIEWICZ.

Si para salvar la independendencia de un país bastara el patriotismo esforzado de sus hijos, jamás la Polonia hubiera llegado al estado de opresion en que se encuentra sumida desde hace muchos años, por el egoismo de algunas naciones y por la indiferencia y la impotencia de las otras. Los polacos se han distinguido siempre por el amor á su patria; aun los que vivían en la emigración, muchos de los cuales habían logrado alcanzar una posición tranquila y segura, no han vacilado nunca en abandonar el país que los había dado asilo, para ir á combatir por la independendencia de su patria á pesar de saber que la mayor parte de las veces el premio de sus sacrificios era la deportación á la Siberia ó una ejecución militar. El mal éxito de sus frecuentes tentativas no ha podido apagar en ellos el vivo sentimiento de su amor patrio, y la última revolución de Polonia ha venido á dar una nueva prueba de que el pueblo pola-

(1) Del último se hace mérito en el *Diccionario de escritores catalanes*, del señor Amat, como gran humanista y retórico, llamado doctísimo y literatísimo por Pujades, habiendo escrito como este una *Historia de Cataluña* que no llegó á concluir.

co está siempre dispuesto á der-
 ramar hasta la última gota de
 su sangre en defensa de su li-
 bertad nacional. Entre los mu-
 chos que desde el punto en que
 vivian emigrados han acudido
 allí en la hora del combate,
 hay un hombre que desconoci-
 do hasta ahora de la generali-
 dad, se ha hecho célebre en
 toda Europa en pocas semanas
 por su energía y sus talentos;
 este hombre es Mariano Langie-
 wicz, general en jefe y dicta-
 dor de los polacos. Nacido el 5
 de agosto de 1827 en Krotos-
 schin, en el gran ducado de
 Posen, perdió á su padre que
 era médico, siendo él aun de
 corta edad, y fue educado por
 su madre. Al terminar los es-
 tudios elementales entró en una
 de las escuelas superiores de
 Breslau y se dedicó á las ma-
 temáticas. Con el objeto de fa-
 miliarizarse mas con las len-
 guas slavas fué á Praga, donde
 no permaneció mas que algunos
 meses, volviendo en seguida á
 Breslau para entregarse de nue-
 vo á sus estudios matemáticos.
 La falta de medios de subsisten-
 cia le hizo tomar una plaza de
 maestro de matemáticas en casa
 de un propietario de Polonia,
 y despues estudió dos años mas
 en Berlin, donde entró en la
 artillería de la guardia. En 1859
 estaba aun con su tropa y prestó
 servicios como oficial. Las
 circunstancias parecian enton-
 ces mas favorables á la causa
 polaca, por lo cual se separó
 del servicio y marchó á París.
 Hacia poco que Mieroslawski le
 habia puesto de profesor en su
 escuela militar, cuando llegó la



MARIANO LANGIEWICZ, GENERAL EN JEFE Y DICTADOR DE LOS POLACOS.

noticia de que Garibaldi prepa-
 raba una expedicion contra Ná-
 poles; Langiewicz marchó en-
 tonces á Italia, donde hizo toda
 la campaña como ayudante del
 general Milbitz. Despues de ter-
 minada la guerra obtuvo la cá-
 tedra de enseñanza científica
 de artillería en la escuela polaca
 y militar de Cuneo. Hacia fines
 del año pasado se hallaba en
 Lóndres, á donde habia ido
 despues de la supresion de aque-
 lla escuela y de haber vivido al-
 gun tiempo en Varsovia, en cu-
 yo punto se relacionó con todas
 las sociedades secretas del par-
 tido revolucionario. Apenas ha-
 bia empezado el movimiento
 nacional, cuando se presentó
 en el teatro de los sucesos, ha-
 ciéndose allí tan notable que
 fue elegido dictador. Las noti-
 cias que circulan acerca de su
 conducta y de sus planes, son tan
 vagas y contradictorias, que no
 se puede dar una idea muy cla-
 ra de él; sin embargo, este
 hombre que ha logrado alcanzar
 algunos triunfos sobre las tro-
 pas rusas á las que ha tenido
 siempre en movimiento, que ha
 instruido á sus soldados y que
 los ha suministrado armas, mu-
 niciones y víveres, es sin dis-
 puta alguna un talento extraor-
 dinario. Como las circunstan-
 cias le obligaron á permanecer
 cerca de las fronteras del Aus-
 tria, una derrota, tenia que ser
 funesta para él, porque no le
 quedaba mas retirada que pa-
 sar á territorio extranjero. Por
 esta razon los últimos comba-
 tes han sido una catástrofe pa-
 ra él.

El exterior de este hombre

ANTAÑO Y OGAÑO.



—Tráigase usted tambien copas de andaya,
 y atice ese velon cuando se vaya.



—Chico, ¿qué viene aquí?—Café, señores,
 —Trae tres brevas despues, de las mejores.

no indica su importancia moral; es de baja estatura y cojea un poco al andar; sus ojos son pequeños, y solo cuando se halla excitado manifiestan animación y fuego. Su cabeza es bien formada, su pelo castaño y su largo bigote tira á rojo. En general habla poco, pero posee cierta elocuencia que ayudada de una voz sonora lo arrastra todo consigo. Mientras estuvo en el teatro de los sucesos, se le vantaba al romper el día, y no se entregaba al descanso ni un momento hasta una hora muy avanzada de la noche. En medio del ruido del campamento, mientras los ayudantes y los ordenanzas iban y venían, levantaba planos, escribía órdenes importantes y dirigía su correspondencia política. Uno de sus ayudantes es una jóven de Lublin, la señorita Postowojtow, la cual ha entrado con él en el territorio austriaco. El retrato que damos en este número está sacado de una fotografía.

EL PUÑAL.

En la parte occidental del reino de Aragón, se eleva y corre de Noroeste á Sudeste la gran sierra de Moncayo. Su frente oriental se extiende hasta el caudaloso Ebro bajando en hermosos valles y levantadas colinas, cuyas faldas están pobladas de pequeños y pobres lugarcillos, entre los que se cuentan Vera, Trasmoz, Alcalá, Añon y Litago.

De todos los valles que descienden de la montaña, es el mas dilatado y á la par el mas ameno y pintoresco, el llamado desde tiempo inmemorial valle de Veruela, que dista como una dos leguas de la ciudad de Tarazona, y otras dos por Oriente de Borja.

En la mitad casi del valle y á un cuarto de hora de Vera, se eleva un suntuoso monasterio, todo cercado de altos muros almenados y de fuertes torreones, cuya fundación se remonta al año 1140, y cuyos restos medio derruidos y descuidados, por mas que se cuenten entre los monumentos artísticos de España, muestran todavía con sus espaciosos salones y celdas, con su magnífico claustro gótico, su grandiosa iglesia, sus sepulcros de piedra y su palacio abadengo, las riquezas que su ilustre fundador debió emplear en su construcción, y la importancia y poder de este convento en tiempos remotos.

Hace ya algunos años, durante mi corta estancia en Vera, solía bajar la mayor parte de las tardes al monasterio, donde permanecía hasta el anochecer, contemplando aquellas murallas solitarias y ennegrecidas por el tiempo, que parecen estar mirando eternamente las faldas empinadas y cubiertas de nieve brillante del alegre Moncayo.

Una tarde me estaba paseando por las alamedas que circundan el monasterio, cuando de pronto oí una voz que me gritaba: señorito, ¿me quiere usted dar un poco de tabaco?

Volví la cabeza y ví á un pobre viejo que venia hácia mí.

—Usted me dispensará, me dijo, pero he salido esta mañana tan temprano de casa, que se me ha concluido el tabaco, y como uno es tan vicioso...

—Tenga usted, buen hombre, le contesté interrumpiéndole y dándole mi petaca, fume usted hasta que se acabe.

El viejo se puso á envolver un cigarrito y mientras tanto me dijo:

—Me he tomado esta libertad, porque ya le he visto á usted en estos sitios una porción de tardes, y por cierto que me ha estrañado siempre el que se esté usted las horas muertas paseando alrededor del convento tan solo. Mas le valdría traer la escopeta y podría matar alguna buena torda, ahora que es el tiempo.

—Mal lugar es este para disparar tiros, le dije ofreciéndole una caja de fósforos; dejemos dormir en paz y sin ruido á los que están enterrados ahí dentro.

—Tiene usted razon, prosiguió el viejo mirando con tristeza hácia el convento, ni á los muertos se les debe molestar, porque sino la muerte no sería el descanso, como se suele decir. ¡Y á algunos de los que están ahí sepultados les hará falta tanta quietud! Mire usted, á dos ó tres varas de aquel torreón, dicen que yace uno que nunca hallará reposo, porque no está enterrado en tierra sagrada: siempre que paso por aquí rezo un padre nuestro por su alma.

—¿Y cómo está enterrado fuera del convento? pregunté al viejo.

—¡Ah! es una historia muy larga.

—¿Una historia?... Pues cuéntemela usted si no está de prisa.

—Ya que usted se empeña, la contaré, si en cambio me deja fumar otro cigarrito.

—Y cuantos usted quiera, le contesté con curiosidad. El buen viejo lió otro cigarro, y despues de habernos sentado uno en frente de otro á la sombra de un árbol, me contó la siguiente historia:

«Hace, segun dicen, cerca de siete siglos, que vivía en Borja un príncipe llamado don Pedro Aterés, señor de Borja y de cuantos pueblos hay en este contorno, y pariente muy cercano de don Alonso, rey de Aragón y Navarra. Este ilustre príncipe se habia retirado á

aquella ciudad, desde donde miraba las fatigas y peligros de que se habia librado en el mar de la corte, para entregarse en su retiro al ejercicio de las virtudes y al cuidado de su alma y de su familia. De tiempo en tiempo, como para distraer su espíritu, solía ejercitar su cuerpo en peligrosas cacerías.

Don Pedro salió un día de Borja con sus criados y monteros á dar batida á las fieras por las risueñas faldas del Moncayo. Se pasó la mañana sin que se presentase ni venado ni jabalí, por lo cual dispuso que se diera á la tarde otra batida por el valle de Veruela. Mas apenas los criados habian empezado á batir el monte, cuando el cielo se cubrió de nubes, levantándose en seguida la mas horrorosa tempestad. Disponíase la comitiva á marchar á Borja, cuando de repente cruzó el camino un jabalí seguido de algunos perros que se habian atrasado. El príncipe, sin pensar en el peligro á que se esponía, dió espuelas al caballo, y corrió con tanta velocidad tras la fiera, que al poco tiempo, lejos ya de sus criados, se vió perdido en lo mas espeso del bosque. Llegó la noche, y la horrible tempestad, los truenos espantosos y los vientos desatados, infundieron pavor en el alma de don Pedro, que se encomendó á María Santísima, pidiéndole socorro en medio de su cruel angustia.

A los pocos momentos se calmó la tormenta y entre resplandecientes luces se le apareció la Virgen que le dijo:

«Es mi voluntad que edifiques aquí un monasterio para honor y gloria mia.»

El príncipe salió sano y salvo del bosque y algunos dias despues mandó que se principiara á edificar este santo monasterio.

Entre la multitud de obreros que fueron llamados de otros reinos y hasta de Francia, vino un herrero que es el héroe de esta historia.

Juan estaba de oficial mayor y era muy querido de todos sus compañeros, tanto por su carácter bondadoso como porque trabajaba mejor que ninguno. Nadie sabia de dónde habia venido, ni quiénes eran sus padres, y esto no se pudo averiguar nunca.

Juan huía de las diversiones de sus compañeros y en lugar de ir los domingos con ellos, solía marcharse solo por los bosques donde permanecía hasta muy tarde. Todos interpretaban á su manera la causa de tan estraña tristeza: unos decían que estaba pálido y triste porque se veía sin padres, aislado en el mundo; otros que le atormentaba el sentir que habia nacido para algo mas que un simple herrero. Mas sabe Dios qué pena oculta llevaba Juan en su corazón; quizá la causa la ignoraba él mismo, y quizá su tristeza fuera como un presentimiento de su desastroso fin. Privilegio que tiene á veces el pesar que se siente antes de venir, cuando ya ha llegado y despues que se ha ido. ¡Así es el mundo, bueno y mucho nunca, malo y mucho siempre!

Juan aspiraba sin duda á algo que no tenia, deseaba una cosa que ni él mismo sabia cómo se llamaba ni dónde la podría encontrar. El trabajo continuo cansaba su cuerpo; pero lo que habia dentro de él, su alma, estaba ociosa y deseando emplear sus fuerzas en algo que la ocupara y calmara su fogoso ardor. Así como con la mano doblegaba el duro hierro y le daba cuantas formas queria, lo mismo anhelaba vencer con el alma obstáculos imaginarios que nunca se le ofrecían. Y de esta lucha interior, de este malestar continuo, tal vez nacían su tristeza y la palidez que cubria su rostro.

Su adverso destino le proporcionó una ocasion de emplear las fuerzas de su alma, y al mismo tiempo le enseñó, aunque cuando ya no habia remedio, que es mas fácil al hombre ser dueño de su cuerpo que dirigir y contener los impulsos que agitan su interior.

Vivia por entonces en Trasmoz, pueblecito que dista una media legua del monasterio, un judío muy rico, que tenia una hija de singular hermosura, reputada como la mas bella y á la par como la mas orgullosa de toda la comarca.

Juan la vió y se enamoró apasionadamente de ella.

La misma distancia que le separaba de la judía, la muralla insuperable que se levantaba entre ambos, nada fue bastante á contener el arrebató del pobre jóven: por el contrario, tantas dificultades invencibles reunidas avivaron mas y mas el ardor que devoraba su alma.

Sin pensar en el fin que pudiera tener un amor tan imposible, en que sus quimeras no llegarían jamás á la realidad y en que su locura sería incurable, si no ponía remedio á tiempo, se entregó de lleno á aquella pasión ardiente, inmensa, estragadora, olvidándose de cuanto le rodeaba, de su vida pasada, de su trabajo, de sus compañeros y de su propia existencia.

Un pensamiento fijo, un deseo incesante y devorador le atormentaban día y noche, de vencer á toda costa el orgullo y altivez de la hermosa judía, y de llegar á hacerse dueño de ella, fuera como fuera.

Con tan locas esperanzas pasaba Juan los dias tristes y sombríos del invierno, cuando se divulgó la noticia de que la judía iba á casarse con un comerciante muy rico de Francia y de que su casamiento debía efectuarse dentro de pocos meses.

Esta nueva fue para el pobre herrero un golpe mortal.

Despues de haber sacrificado á aquella mujer su reposo, su porvenir, su vida entera, ¿cómo consentir en

que otro le arrebatara la dicha que él creía cada vez mas próxima? En cambio de tantos tormentos ocultos, de tantas lágrimas vertidas en sus noches de insomnio, no habia conseguido aun ni oír la voz de aquella por quien vivía; y ahora tendria que sufrir en silencio que otro viniera á escuchar palabras de amor de tan queridos labios.

Su locura llegó al colmo y desde entonces no pensó mas que en hallar una ocasion de hablar con su amante. Mas los dias se pasaban sin que pudiera conseguir su objeto; y por fin se resolvió á escribirle una carta en que le abría su corazón, diciéndole que no habia de ser de nadie, sino suya.

La judía entregó á su padre la carta, sin abrirla siquiera, y éste enojado con tamaño atrevimiento dió parte al encargado de las obras del monasterio, de cuyas resultas Juan fue espulsado de los talleres. Sus compañeros huyeron de él, y desde entonces le tuvieron por loco y mas aun por poseído del diablo, pues que se atrevía á amar á una judía.

Desde aquel momento principió para Juan una vida horrible, insoportable, de tormentos y de sinsabores. Pasaba los dias vagando alrededor de Trasmoz, á donde le atraía como una fuerza irresistible.

Por la noche á duras penas encontraba un albergue: nadie le queria recibir en su casa, y todos rechazaban á un hombre poseído del diablo.

En medio de sus tribulaciones, con la idea siempre fija de aquel funesto amor, recogió, por decirlo así, todas las fuerzas de su alma, y se puso á meditar día y noche en su situación horrenda. Su razon estraviada le decia que era preciso poner término á tanto martirio. Pero siempre en medio de sus sombríos pensamientos se le aparecía la imagen de la mujer que era causa de su perdición. A veces se le figuraba que el mundo estaba desierto y que solo habia en él dos seres, él y la judía: él desgraciado y maldito, ella doblemente feliz, porque le habia robado su propia felicidad. Uno de los dos estaba demás sobre la tierra, y debia ser ella, por lo mismo que era feliz.

Largos dias, largas noches dió vueltas en su imaginación exaltada á tan sombríos pensamientos, y poco á poco llegó á resolver que la pérfida mujer debia morir y que él mismo debia matarla para vengar en un momento todo el mal que le habia hecho en tantos dias.

Y en cuanto hubo tomado tan funesta resolución, quiso poner en planta cuanto antes sus proyectos.

Una noche se dirigió hácia los talleres que los obreros habian ya abandonado, penetró en uno de ellos, y puso manos á la obra. Avivó el rescoldo que quedaba en la fragua, cogió un pedazo de hierro y otro de acero, y en menos de una hora forjó un puñal.

¡Hora tremenda para Juan, durante la cual cada golpe que daba en la bigornia debia encontrar eco en su corazón! ¡Hora funesta en que iluminado por los pálidos reflejos de la fragua, se veía obligado á hacer con sus manos el instrumento de salvación que su alma no habia podido proporcionarle!

Concluido su trabajo, salió del taller y anduvo toda la noche vagando por el bosque que rodeaba á Trasmoz.

Algunos dias se pasaron. Juan contemplaba á menudo con cariño el puñal, como la única esperanza que le quedaba en el mundo, como el único remedio á sus males.

Por la noche, al recostar su cabeza sobre la dura piedra, sacaba el puñal que siempre llevaba oculto en el pecho, lo miraba largo rato y le decia:

—Te he hecho de prisa y tu temple no es bueno; pero descuida, yo te templaré en su sangre...

Y lo volvía á guardar.

Por la mañana al despertarse contemplaba de nuevo el arma fatal y le decia:

—Ya es de día, despierta. Si tienes sed, hoy beberás.

Se puede decir que Juan se habia identificado con el puñal: era su amigo, su hermano, su todo, porque en él veía su salvación á la par que su venganza.

Su imaginación arrebatada daba vida á aquel pedazo de hierro que él mismo destinaba para causar la muerte.

Desde entonces estuvo acechando una ocasion de hallarse á solas con la judía. Mas todo fue inútil; ni en las alamedas, ni en el pueblo, ni en ninguna parte la pudo encontrar, por mas que de continuo la buscaba.

No pudiendo ya soportar por mas tiempo su vida angustiosa, sacó una noche el puñal y le dijo con voz segura: ¡mañana!

Al día siguiente se fué á Trasmoz y se escondió en una casa medio derruida que estaba á corta distancia de la habitación de la judía. Si ésta llegaba á salir, su muerte era segura.

Todo el día permaneció Juan mirando de hito en hito hácia la puerta fatal, y la puerta no se abrió en todo el día.

¡Día de zozobra y de angustia, peor mil veces que la muerte! De cuando en cuando metía la mano en el pecho, tocaba el puñal frio, y al tocarlo todo su cuerpo se estremecía, toda su sangre se helaba.

Aquella sensación no la habia experimentado hasta entonces, y él mismo no sabia lo que sucedía en su interior.

Llegó la noche; las horas se pasaron y á nadie vió.

Juan se dirigió por fin hacia la casa del judío, miró al balcón y le pareció que estaba abierto.

Se fué subiendo por una reja que caía debajo y penetró en la habitación.

Nada se oía en la oscuridad.

A tientas fué andando por la estancia y no encontró ningún mueble.

Atravesó un corredor, entró en otras habitaciones y nada halló.

Después de largo rato llegó á una puerta cerrada é intentó abrirla.

Al ruido se oyeron gritos de ¡socorro! ¡ladrones!

Juan empujó con mas fuerza la puerta, que por fin se abrió.

Su espanto fue grande cuando á la débil luz de un candil vió á la dueña de la judía arrodillada y temblando de miedo.

—¡Y ella... y tu ama! le preguntó Juan con voz de trueno cogiéndola del brazo...

La pobre vieja no podía pronunciar ni una palabra.

—¡Y la judía añadió Juan sacando el puñal.

La vieja dijo temblando:

—No me hagais daño y os diré todo. Hace ya una semana que se han marchado á Francia y hoy se debe haber casado ella... Se lo han llevado todo...

Y enmudeció al ver el semblante pálido y feroz del herrero.

En efecto, al oír aquellas palabras, Juan se inmutó de tal modo, que su aspecto infundía pavor y espanto.

Todo su cuerpo se estremecía con violencia; sus ojos se querían salir de sus órbitas, sus cabellos estaban erizados y su mano apretaba convulsivamente el puñal.

Se lo llevó hasta cerca de los ojos y dijo con acento horroroso:

—Tienes sed, hoy beberás: ahora veo que el mejor modo de vengarme es este...

Y con mano segura se clavó el puñal en el pecho, y cayó sin vida.

La sangre salió un momento á borbotones, pero según cuentan, ni una gota se vertió en el suelo, y el puñal sediento se la tragó toda.

Al cadáver de Juan no se le quiso dar sepultura en tierra sagrada, y fue enterrado cerca de aquel torreón, con el puñal dentro de la herida.

La judía no llegó á sospechar en su vida que tal hombre hubiera existido.

Ignoro cómo mi padre sabía tan detalladamente esta historia: él me la contó por verdadera.

El viejo se levantó y me dijo que se le hacía tarde.

Al despedirme de él le saqué la petaca y le dije:

—Buen hombre, guárdela usted como un recuerdo, y así al pasar cerca del monasterio, se acordará del pobre Juan y de mí.

Y al poco rato nos separamos.

AUGUSTO FERRAN.

A LA JUVENTUD.

CANCION.

El sol naciente baña la cumbre
del alto monte con viva lumbre;
trinando pasan losruiseñores;
con el rocío se abren las flores;
céfiro vuela de loma en loma,
recoge perlas y vierte aroma;
dulce mi canto suena á tu puerta:
—Fuente escondida, blanca paloma,
¡ay, despierta!

Yo soy el ave que allá en Oriente
bañó sus alas en blando ambiente;
yo soy el aura que se desliza
y tus cabellos, jugando, riza;
blanca y serena, como la aurora,
consuelo al alma que amores llora:
luz y perfumes traigo á tu puerta:
—Oye el acento del que te adora,
¡ay, despierta!

Ilusion dulce, que ayer solías
llenar de encanto mis tristes días,
flor de los bosques, onda del viento,
luz que iluminas mi pensamiento;
¿eres la sombra que no se alcanza?
¿eres el río que al mar se lanza?
—Juventud mía, llamo á tu puerta:
¿No me concedes? soy la esperanza:
¡Ay, tú estás muerta!

LUIS RIVERA.

A UN ARROYO.

SONETO.

¡Cuántas veces, arroyo cristalino
miré correr tu linfa transparente,
sereno el corazón, tersa la frente,
absorta el alma en éxtasis divino!

¡Cuántas veces también al mar vecino
veloz llevó tu límpida corriente,
lágrimas, ay! del corazón doliente
que arrancara á mis ojos mi destino!

No como entonces hoy vengo á tu orilla
tu curso á contemplar, libre de enojos,
ni á decirte el dolor que el pecho asalta:

Secó la edad mi lloro en la mejilla,
y hoy en tus ondas mis cansados ojos
quieren beber el llanto que les falta.

LUIS DEL PALACIO.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

AL FREIR, SERÁ EL REIR.

(CONTINUACION.)

—Esa persona, Isabelita, y perdone usted que la interrumpa, era mi prima Dolores Romero, según le he dicho á usted.

—La de Romero, que ya sabrá á estas horas quién es el comprador y á quién se destina.

—No es fácil; en la platería no me conoce nadie. Ahora, francamente, quisiera, —añadió don Julian, sonriéndose, como si la honra y tal vez la felicidad de una familia fuesen cosa de juego,—que tuviera usted la bondad de darme mis cincuenta mil reales, pues me hacen falta para mandar mañana á la tienda por garbanzos y aceite. ¡No se ha echado usted mal acreedor, Isabelita!

—Usted si que echa á broma un asunto demasiado serio y...

—¡Oh! ¡mucho! ¡mucho! ¡mucho!

—¿Y si yo no quisiera quedarme con él?

—Me quedaría yo; soy bastante rico para permitirme algún pequeño despilfarro. Por lo demás, en este asunto yo he hecho lo que hubiera hecho el mas infimo criado de usted; ir á buscar el aderezo, cargar con el estuche y ponerlo en sus manos de usted. Ahora, con su permiso, voy á ver á mi amigo Lozano, á quien creí hallar aquí, para darle la noticia de lo ocurrido y pedirle mis dos mil quinientos duros, ya que el bolsillo de usted está exhausto. Y puesto que tanta importancia se da al hecho mas natural del mundo, no me tomaré en lo sucesivo ni siquiera la libertad de ofrecer á usted y á Teresita un ramo de violetas. Pudiera usted creer que el suave perfume de tan inocentes flores, regaladas por mí, es un tósigo capaz de dar muerte instantánea á quien lo aspire; y la verdad, mis pretensiones son tan modestas, que no deseo figurar en las causas célebres como envenenador, con la circunstancia agravante de ser envenenador de almas.

Isabel se echó á reír.

Don Julian salió sin pronunciar mas palabras, y aquella volvió á destapar la caja y á contemplar de nuevo su contenido. Al contacto de un rayo del sol de ocaso, que caía oblicuamente sobre las rosas de brillantes y el oro del aderezo, parecían salir llamas del estuche, en el cual apenas podían fijarse un momento los ojos, sin deslumbrarse completamente. En medio de su loco entusiasmo, no le ocurrió la idea de lo que su marido pudiera decir sobre el particular; pero ella, para qué necesitaba la aprobacion de su esposo, habiendo siempre ejercido en él una tiranía insultrable? Un desmayo, un quejido, una lágrima de Isabel, eran suficientes para aterrar á Lozano: el hábito de callar y obedecer á todo como un autómatas, sin ocurrirsele una protesta, habíale reducido á un estado de servidumbre, no mas envidiable que la de la Edad Media. Isabel era señora de vidas y haciendas, y el pobre marido, amarrado á la gleba, una especie de máquina reducida á moler el trigo que habia de comer la orgullosa castellana. Aquí terminaban sus derechos dentro de aquel recinto feudal.

A distraerla de sus sueños de gloria entró el criado mas antiguo de la casa: habia sabido por el cochera la expedicion de sus amas al Monte de Piedad, y se las prometia felices en la comision de que por sus compañeros iba encargado.

—¿Qué se ofrece, Pedro?

—Casi nada, señora.

—Dí pronto.

—Se ofrece, que en ningún almacén quieren ya fiarnos aceite, jabón, tocino...

—Bien, bien, estoy enterada. ¡Nunca piensan ustedes mas que en comer! ¿Hay mas?

—Se ofrece, que Juan, y Luisa, y yo, pobres criados, hemos ido supliendo, con nuestros propios ahorros, una porcion de gastos, sin decir hasta ahora oste ni moste; y que va para cinco meses que no vemos salario.

—¿Les he dicho yo á ustedes que suplan semejantes gastos?

—No señora, eso no; pero llámalo *ache*.

—Entonces ¿á qué viene usted á sofocarme?

—Pues hombre, ¡es grande lo que me pasa á mí! ¿Con qué despues de prestar y de...

—¿Tenia usted mas que decir?

—Ocurre también...

—¡Jesús, qué plomo!

—Ocurre también, que mañana no habrá que comer. Y ocurre que... en fin, señora, yo no sé explicarme, pero aquí dejo la cuenta de todo.

La cuenta sumaba cuatro mil reales. El desgobierno crecía en proporción de las deudas, y solo un milagro de la Providencia pudiera sacar á salvo aquel hogar, que, como un frágil esquife combatido por contrarios vientos, debía estrellarse irremisiblemente contra los escollos que á cada instante se le presentaban.

IV.

De las veinticuatro horas que tiene el día, bastábale una á don Julian para sus ocupaciones cotidianas, ó hablando el lenguaje hoy corriente, para sus *negocios*; los cuales consistían, solo en concurrir sesenta minutos á la Bolsa, mezquino templo donde se adora el becerro de oro, á la parda luz que penetra por el techo, como con miedo de que la vean, y entre el humo que despiden trescientos ó cuatrocientos cigarros, y trescientas ó cuatrocientas bocas. El local es reducidísimo y pobre. Toscos bancos de madera, colocados alrededor de la galería que lo circunda, con una especie de tribuna (el *estrado*) cerrada por una barandilla de hierro, desde cuya tribuna el *anunciador* lee las pólizas ó precios de los diferentes valores que se han trasferido oficialmente, constituyen la única decoracion y mobiliario de la Bolsa de Madrid. Por entre su nebulosa atmósfera cruzan gentes de todas cataduras; junto á un hombre escuálido, que parece escapado del purgatorio, florecen las rosas proverbiales de las fisonomías mercantiles, redondas, coloradas y alegres: al lado del *cobrador*, que se distingue por su talega de estopa al hombro, se ve el *agente* ó el *corredor*, ocupando por lo regular el centro de un grupo de *jugadores*, y cuyas palabras suelen oírse con el interés que si fuesen las de un oráculo: allí un ex-ministro se codea, tal vez, con un cesante, víctima de la sublimidad de sus elucubraciones administrativas. Las provincias del Norte, y especialmente las vascongadas, cuentan en la Bolsa con una representación formidable; no se necesita oír hablar á los naturales de estas últimas en su idioma ó dialecto particular, para conocerlos: los rasgos característicos de sus semblantes no se confunden con los de otras provincias. Así que suena la hora, previa una campanada, entra en el estrado el anunciador, y con voz alta y clara, en medio de un silencio, algunas veces sepulcral, grita: OPERACION; diciendo, en seguida, la importancia nominal de esta, y los reales y céntimos á que se van contratando los efectos públicos. Después del anuncio, vuelve á oírse el rumor que anteriormente, rumor semejante al que produciría el zumbido confuso de una enorme colmena. Para los profanos, la alza de un real ó dos por ciento, de un mercado á otro, apenas tiene significacion; para los sacerdotes é iniciados en los misterios de la Bolsa, ese insignificante aumento, puede simple y sencillamente, en ocasiones dadas, producir bancarrotas, ruina de familias, suicidios, y otras cien catástrofes, de que suelen apoderarse los periódicos, y que sirven de cebó á la voracidad insaciable de sus lectores. No tenemos nosotros motivos fundados para poner en duda la probidad de don Julian en sus negocios; pero sí para asegurar, que no aspiraría él mismo á que le canonizasen después de muerto, por sus virtudes comerciales, sabiendo que en todos los círculos bursátiles, era conocido con el apodo de *cuquito*; denominacion, que si aun en el lenguaje vulgar, casi es sinónima de truhan, travieso, entre la gente de bolsa, gente despavilada si la hay, capaz de cortar un pelo en el aire, digna, en fin, de ser comparada con la curialesca, adquiriesse fuerza; para pasar por cuquito en la Bolsa, preciso era ser un cuco de marca mayor, uno de esos pájaros, que, como dice el refrán, *cantan en la mano*.

Empleaba nuestro buen don Julian las veintitres horas restantes, fuera de las del sueño y las de la comida (aunque estas últimas no siempre) en aplicar parte de las ganancias con que le habia favorecido la suerte durante años enteros, á sus diversiones favoritas, y á socorrer necesidades de uno y otro sexo; sin que por esto se entienda que la caridad tuviese mucho que agradecerle, gloria, por otra parte (dirémoslo en su abono) á que nunca él habia aspirado. ¿Quién negaría que la adquisicion del aderezo, por ejemplo, fuese una necesidad en Isabel? Porque hemos convenido en llamar necesidades á todo lo que se apetece, aunque la razon lo repruebe. ¿Creeis que para el mendigo es una necesidad el pan que va pidiendo de puerta en puerta? ¡Qué error tan lastimoso! Oíd á los que viven en el polo opuesto, y os dirán que las verdaderas necesidades son habitar palacios suntuosos, tener una docena de criados, un par de carruajes, algunos troncos de caballos ó de yeguas normandas, con sus cuadras cómodas, y abrigos, si hace frio, que ya los quisieran mas de cuatro; y en fin, abono en el Teatro Real, en donde, por la módica suma de doce ó quince duros cada noche, se puede pasar un ratito muy agradable. Todas estas cosas, y otras muchas, son necesidades de que no pueden absolutamente prescindir los que una vez se habitúan á ellas. El que lo contrario defiende, espónese á oír que mas fácil le es al mendigo vivir sin pan, (pues, al fin y al cabo, ya se halla bastante acostumbrado á pasarse sin él) que á ellos vivir sin aquellas cosas. Corolario:

LAMINAS DEL GRAN CAPITAN



VENGO Á PONER Á VUESTRAS PLANTAS MI ESPADA.



DELANTE DE TODOS, VOLABA, MEJOR QUE CORRIA.

el pobre no puede sentir necesidades, por la sencilla razon de que apenas ha podido nunca satisfacerlas.

La existencia de don Julian y la de Isabel, eran dos existencias gemelas, dos existencias análogas. Los paseos, los teatros, las visitas, las modas, los bailes, la exhibicion continua del individuo, y la murmuracion del prójimo, á que se ha dado en los tiempos que corren el gráfico nombre de *crónica escandalosa*, encantaban los ocios eternos de nuestros dos héroes, por no decir las horas de su vida. Asi es que estaba enteramente descuidada la educacion de Teresa, en los sólidos principios de la moral; y asi á los diez y seis años de edad, sabia esta únicamente las mil y una frivolidades que forman la delicia y obtienen el aplauso de los salones, esterilizando en el alma y en el corazon los gérmenes mas bellos. Porque los nobles afectos de los hijos, solo se desarrollan bajo el amparo tutelar y la vigilancia materna; en el hogar doméstico, santuario civil, como el templo lo es religioso, la madre, como las antiguas sacerdotisas, cuida de que se conserve íntegro y vivo el fuego sagrado del amor; es tan bella, tan grande, tan alta, y aun pudiera decirse tan divina la mision de la madre, que con mas razon que el vanidoso y farsante Luis XIV: «El Estado soy yo,» pudiera ella esclamar: *Yo soy el mundo.* ¡Mil veces benditas esas madres, que desde que les nace un hijo le consagran todo su corazon, todos sus pensamientos y todos los instantes de su vida; esas madres, que no confian á mercenario pecho el primer alimento del fruto de sus entrañas, ni á mano mercenaria el arrullo de la cuna donde duerme; que con el valor intrépido de la naturaleza, como las leonas, y con sublime abnegacion cristiana, como los santos y los mártires, beben hasta el aliento apestado de sus hijos, en las epidemias; les curan con admirable paciencia la podredumbre que muchas veces cubre su rostro como el del leproso de la Escritura, con el dulce bálsamo de sus besos; esas madres que se arrojarían al fuego, por salvarlos; que se arrancarían las entrañas, para prestar con ellas un momento de calor á los que agonizan; que subirían al patíbulo, para arrebatarse al hijo criminal de las garras del verdugo; que bajarían á los infiernos á arrancarlos del poder de Satanás, y que hasta renunciarían al cielo por ellos, sino presintieran, sino supiesen—aunque nadie se lo haya dicho—que sus dolores incomparables redimirán las culpas mas horrendas de sus hijos.

El rostro de don Julian estaba radiante de júbilo; habia este oido publicar una operacion, en la que se hallaba interesadísimo Lozano, como que perdía en ella unos 100,000 reales. Reducía las operaciones á la venta

de acciones de obras públicas y de minas, que le habian costado un ojo de la cara, y que ahora, para salir de algunos compromisos del momento, se veía en la precision de *largar* por un pedazo de pan. Su semblante, abatido y macilento, formaba el mas extraño contraste con el de su amigo don Julian, que se acercó á saludarle, y le dirigió la palabra, en broma como siempre; sin embargo, sus chistes parecían hoy sarcasmos buscados á propósito para atormentarle.

—Vamos, vamos, compañero,—dijo al esposo de Isabel, aparentando ignorar lo ocurrido—parece que hoy hemos sacado para la puchera.

—¡Si, estoy fresco!

—Pues, ó yo he oido mal, ó hace poco decían detrás de mí: «quien se ha puesto hoy las botas es Lozano. ¡Qué suerte tan loca la de ese hombre!»

—Yo le aseguro á usted, amigo don Julian, que, lejos de ponerse las botas, á pocas de estas el mismo Salamanca se quedaria sin zapatos. ¿Sabe usted lo que me cuesta la funcion?

—No.

—Cinco mil pesos y pico.

—Esas ya son palabras mayores.

—Yo confiaba en las noticias de Italia, y las noticias de Italia no han podido ser peores: el bajon que ha sufrido mi papel va á producir mas de un dolor de muelas. Yo habia jugado á la alza, con que considere usted.

Diéronse un apretón de manos los dos amigos, y cada uno tiró por un lado; Lozano hacia su casa; don Julian hacia la de su prima Dolores.

Las señoritas de Romero eran tres hermanas jóvenes, huérfanas, solteras, poderosas, de igual estatura, y siempre igualmente vestidas. La diferencia de edad entre la mayor y la menor, no era mas que de cuatro años, distando próximamente dos la mediana de una y otra. Pero diríase que todas eran mellizas, siendo, además, bastante conocidas con el dictado de *las tres Marias*, porque, en efecto, las tres llevaban el nombre de Maria.

Maria de los Dolores, ó Dolores, la mayor, se diferenciaba particularmente de sus dos hermanas, por un gracioso lunar en la mejilla derecha. Su figura era la representacion mas perfecta del verdadero tipo madrileño, con su estatura regular, su rostro ovalado, sus ojos garzos y expresivos, color quebrado, frente ancha, pelo castaño, cuerpo elegante, andar gracioso, pie di-

minuto, y una discrecion natural llena de encantos y seducciones.

Dolores era tambien la rival fantástica de Isabel, su sombra, su pesadilla, segun esta; pero, en honor de la verdad, debe decirse que nunca se le pasó á Dolores por el pensamiento la idea de luchar con aquella, ni en lujo, ni en nada. Hay antipatías que no se explican mas que por una especie de aberracion del entendimiento, y en esta clase de antipatías se contaba la de la esposa de Lozano.

(Se continuará.)

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL GRAN CAPITAN,

NOVELA HISTÓRICA

POR D. TORCUATO TÁRRAGO Y MATEOS.

EDICION ILUSTRADA CON MAGNIFICAS LAMINAS SUELTAS.

Esta obra se reparte por entregas y se compondrá de unas 40 que formarán un tomo.

Cada entrega consta de dos pliegos de impresion de ocho páginas cada uno con su cubierta. En cada cuatro entregas se repartirá á mas gratis una magnífica lámina suelta y al final una bonita cubierta de tomo.

Las dos láminas de esta página corresponden á esta obra.

Se han repartido 23 entregas.

A real la entrega en Madrid y real y cuartillo en provincias franco el porte.

SOLUCION DEL GEROGIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Una mano lava la otra y las dos la cara.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y P.O.G., EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.